

13
JUN



16
JUL

2023



JUAN FALCÓN

pasado, presente continuo



Universidad de Oviedo

Sala de Exposiciones
Edificio Histórico de la Universidad de Oviedo



Universidad de
Oviedo

Comisarios

Ramón Alonso Rodríguez
Ana Ballesteros Lozares
Juan Fernando Bravo Guerrero
Alejandro Braña Barcia
Anastasiia Dovgan Ksenzovets
Patricia Fernández Fernández
Ylenia Galván Cueto
Víctor García González
Beatriz Gutiérrez Cosío
Coral Martínez Pérez
Celia Posada Ayllón
Adriana Quince Pañeda
Marta Zugarelli

Coordinación

Ana María Fernández García

Colaboran

Departamento de Historia del Arte y Musicología
Máster en estudios avanzados en Historia del Arte: investigación y gestión

Agradecimientos

Juan Falcón García
Lucía Falcón García
Conchita Fernández
Javier González Tuñón
Carmen Hontañón
María Jesús Iturrate
G. Llames
Marta Llames
Familia Maroto Fernández
Juan Luis Rodríguez-Vigil

.....
María Pilar García Cuetos, Vicerrectora de Extensión Universitaria y Proyección Cultural
Sara Vázquez-Canónico, técnico de exposiciones Universidad de Oviedo

Cátedra MediaLab
III Semana Profesional del Arte, Oviedo

Fotografías

Marcial Gómez Martín
G. Llames

Impresión 3D de materiales

Enrique Meléndez Galán

Diseño y maquetación

Ylenia Galván Cueto

Imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo

D.L.:

JUAN



FALCÓN

pasado, presente continuo

13

JUN

.....

16

JUL

2023

Sala de Exposiciones

Edificio Histórico de la Universidad de Oviedo



Universidad de Oviedo

Hace tiempo hubo un hombre entre nosotros
alegre, iluminado
que amó y vivió, cantaba hasta en la muerte,
libre como los pájaros

José Agustín Goytisolo

Quienes conocieron a Juan Falcón señalan la profunda admiración que le profesaba José Agustín Goytisolo, quien reconoció en el artista asturiano a un hombre profundamente libre, un artista inclasificable que nunca se sometió a los dictados del mercado del arte.

Su sobrina, Lucía Falcón, formada como historiadora del arte en nuestras aulas, definió a este singular creador como un Bohemio irredento, que jamás se sujetó a techo fijo ni orden que él mismo no eligiera, donde el hambre de pintura y calle fueron a la par. Estamos, pues, ante un artista que eligió la creación por encima de todas las demás consideraciones. A Juan Falcón no le faltaron las oportunidades para haberse integrado en los círculos artísticos, galerísticos y del mercado. Pero Juanín, como le llamaban quienes le querían, que eran muchos, había nacido para crear y, como todos, nació libre y, a diferencia de muchos, decidió vivir del mismo modo.

Pero no debemos pensar que Juan Falcón fue un hombre al margen del mundo. Desde que ingresara en el Orfanato Minero, su talento, su capacidad creativa y su luz personal, despertaron admiración y generaron a su alrededor apoyos que resultaron fundamentales. Sus primeros profesores fueron conscientes de su extraordinaria creatividad, por ello le animaron a realizar estudios en la Escuela de Artes y Oficios de Oviedo. En ella, dos artistas asturianos de la talla de Bernardo Sanjurjo y Fernando Alba le apoyaron incondicionalmente, porque el talento siempre descubre a los iguales. Mediante una beca, la formación del joven artista se completó en París, donde nuevamente fue acogido por otros dos personajes de enorme talla, como Eduardo Arroyo y Valerio Adami y se introdujo en el mundo de la escenografía. Más aún, posteriormente, Falcón contó con el apoyo de la familia Miró, especialmente de su hija

María Dolors Miró Juncosa, cuyo cariño recordó siempre con agradecimiento.

Juan Falcón fue un artista que sintetizó las vanguardias, que buscó incansablemente y atravesó épocas de una creatividad frenética y otras de inactividad. Él mismo se definió más como escultor que como pintor y también creó escenografías. Su incansable búsqueda de retos le hizo llevar al extremo todas las etapas y las temáticas que eligió.

Juan Falcón es también el reflejo de un tiempo de efervescencia, de ruptura, de irreverencia, que ahora podemos recordar con añoranza. La frescura, la creatividad, la búsqueda de romper los límites, caracterizaron el mundo ovetense al que Juan Falcón aportó una personalidad singular. Es posible que se trate de un tiempo irrepetible, pero probablemente sea así porque quienes lo hicieron posible amaban la vida por encima de todo y porque no temieron pagar el precio por ser ellos mismos. Heterodoxia, rebeldía, palabras que, para una generación, fueron un leitmotiv y que Juan falcón transmutó en arte. Como dejó dicho Víctor Hugo: no es nada grave morir, es espantoso no vivir. Y Juan Falcón vivió intensamente y como quiso. Libre como un pájaro.

Esta exposición, que llega a nuestra sala por iniciativa de la profesora Ana María Fernández García y el alumnado del Máster de Estudios Avanzados en Historia del Arte, nos acerca a un creador singular e incalificable, coherente hasta el final y que refleja un momento de ebullición cultural de Asturias. Pero más allá de su imagen bohemia, noctámbula y rompedora, estamos ante un hombre que trabajó incansablemente, buscó nuevos caminos, fue profundamente respetado por sus iguales y querido por quienes le conocieron. Un hombre libre que sabía que, como escribió su amigo Goytisolo:

la libertad aparece y ya no está
la libertad hay que inventarla siempre.

María del Pilar García Cuetos
Vicerrectora de Extensión Universitaria y Proyección Cultural



Juan Manuel Falcón Fernández (1959 - 2020) fue un artista a tiempo completo, incluso en continua errancia, quien no desdeñó a sus artistas contemporáneos, Sierra, Legazpi, Paredes o Herrero, y supo idear un mundo propio que solo gracias al depósito, óleo y escultura de G. Llamas y Javier de la Roza en el Museo de Bellas Artes de Asturias y a la exposición en la Universidad de Oviedo, es hoy un sueño cumplido para todos nosotros.

Desde pequeños, a mi hermano y a mí, nos sorprendía su velocidad, una delgadez por encima del tiempo y del espacio, artista instintivo y tantas veces salvaje. Pintar, esculpir o dibujar de manera convulsa, no planificada, sin lecturas, en cualquier momento, casi de una manera fisiológica, instintiva, fuerza, fortaleza y decisión. Fue una generación de autodidactas, tuvieron que buscarse la vida todos ellos, con y sin libros, con y sin dinero, con y sin recursos, bajo una voluntad que no conocía el abandono ni la flaqueza.

Nunca me pareció extraño tener un tío pintor, viajero sin pausa de aquí para allá, sin tregua ni domicilio fijo. Quizás por eso decidimos mi hermano y yo dedicarnos al arte, introducirnos en él de manera natural, fluida, familiar. El análisis de vida y obra no es fácil: se ocultó gran número de ocasiones en una aparente facilidad, disfraz de una producción mucho más compleja y repleta de estratos artísticos. Sus visitas a la familia fueron esporádicas, el refugio siempre estuvo disponible ante inclemencias, borrascas y polaridades. Hiperactivo, delgadísimo, inquieto, era casi una aparición permanente, a mis ojos adolescentes, en casa de mis padres o abuela. Fue hijo del sol: rechazaba pasar los inviernos en Asturias, así El Ejido en Almería fue su destino habitual. La luna sonreía como aliada: nocturno, bebedor, poeta plástico allá donde música, sueños y leyenda van de la mano, donde los pies mandan y el cuerpo ocia, carretera y manta.

Cobra mayor relieve, a la debida distancia, su periplo internacional: el París protector de Eduardo Arroyo y Valerio Adami, la Roma tutelar de Miró, el otro París protectora de Alain Planès y Fabrice Gravo, esa ciudad de luz bohemia desde la que llama a mis padres el 23-F, golpe de Estado, para saber si estaban bien y querían irse con él. Fue cosmopolita sin saber idiomas, aprendiéndolos por su cuenta, donde la lucha por la vida embrida el arte, sin miedo a nada y superándose como podía. Cuenta Marta Llamas,

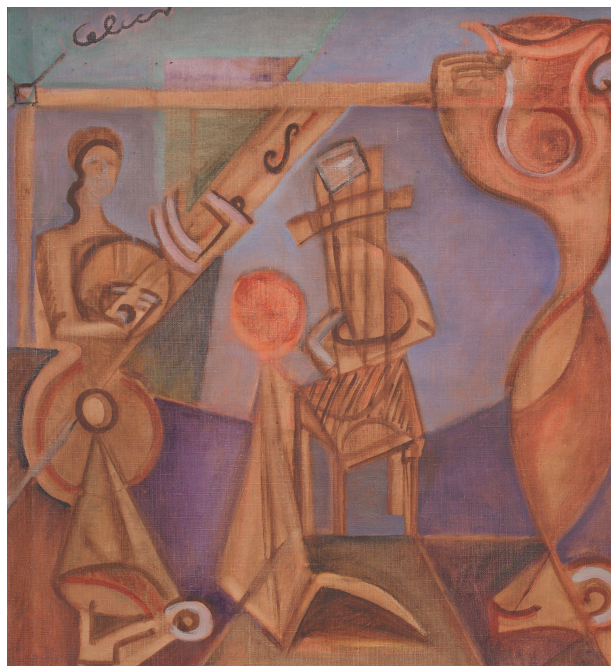
galerista y amiga, un viaje inesperado a París donde reconoce que si no fuese por él no habría sido lo mismo. Se las ingeniaban para comer con escasos recursos y divertirse colándose en las inauguraciones y eventos de la vida social parisina. El éxito siempre fue pintar. Juanín, mi tío, muy querido en los bares de Oviedo mantuvo rutas propias: El Ovetense, Peña Tú, El Mateín, Muñiz, El Gato de Cheshire, Ícaro, La Cooperativa o El Olimpo. Otros cobijos al paso fueron el taller de Urrusti, la peluquería de José en Ventura Rodríguez y demás apeaderos y refugios. Juan fue querido en su ciudad y ésta siempre le dio su modo de vida, la venta de arte sin más mediación y trato que sí mismo. París en un viejo maletín forrado de pegatinas al buen tuntún con la bandera de la República del Rincón Cubano, una carita sonriente, la mítica lengua de los Rolling Stones y una muy pequeñita de la Torre Eiffel, con un “Je T’aime” en el borde. Dentro había infinidad de cosas y recuerdos: disquetes donde parece que en algún momento él o alguien quiso ordenar su obra, postales traducidas a un francés elemental y jugueteón destino Bárzana de Quirós, una fotografía donde se ve retratada cierta joven coqueta y una niña de ojos grandes y muy negros, cartas y más cartas, otro dibujo en papeles pastel, una caja de cerillas del Hotel Clarín junto a un contrato formal de un importante encargo institucional. La cápsula del tiempo viajaba en un maletín barato, vaso comunicante con el presente, partes de una vida donde hubo personas y muchos lugares felices.

Luis Salgado (Diario Roma) me contaba cómo durante unas vacaciones, al salir de un parking en Granada, allí apareció Juan de la pura nada; otros amigos, callejeando por París, se encontraron con él y Carmenchín Muñiz a la sombra de un vermú y al calor de muchas risas contagiosas y compartidas. La riqueza de mi tío no estuvo en el dinero sino en la experiencia. Una vida de artista dedicada a su talento, siempre una esponja dentro de lo que fueron las primeras vanguardias del siglo XX (cubismo, surrealismo, dadaísmo, expresionismo, fauvismo, etc). Artista instintivo, artista niño, artista efervescente... siempre artista. ¿Su mensaje? La mayor grandeza es tener un oficio y, desde ahí, no claudicar ni abrir el puño. Salir siempre a la calle como primera necesidad, la obra vivida (y bebida): toda su pintura es autobiográfica, presente onírico y encantado, la verdad es el interior del cuadro trasladado al exterior sin ningún destilado. En su hambre mandó él. El dinero fue oportunidad, ocasión, jamás tesoro. Incendio entero del Oviedo Viejo, flequillo y risa mojada a

orilla de la catedral, cigarrillo lento de duda bajando la calle Gascona con flores, sombrero de paja casi corcho. Maratón (en madreñas) para coger la línea de Quirós a Oviedo. La verdad fue lienzo bajo el brazo y las ganas, por fuera, de habitarlo. Lo contrario hubiera sido traicionarse.

Hoy, gracias a la lealtad de sus viejos amigos y a la entrada por todo lo alto en el mundo académico, el artista no desaparece, su obra late, sigue y permanece. A Juan le hubiese gustado ver a alumnos universitarios grabar vídeos en casa de Goyo o en la galería Texu para subir al TikTok o Instagram. Al final no deja de ser un hilo muy fino de conexión temporal entre lo vivido por él durante los años noventa y el actual experimento de jóvenes estudiantes que pudieron haber tenido también su correlato en sus también jóvenes amigos. Quedan trozos del espejo, destellos fugaces, grabados en Súper 8, sobre inauguraciones emblemáticas donde el arte fue en Oviedo una alucinación compartida. Su pasado, hoy en presente continuo, nos invita a una creación que solo el estudio minucioso y académico pueden colocar en su debido marco.

Lucía Falcón



Bulerías, c. 1990
Óleo sobre lienzo
50 x 46 cm
Colección de la familia
Rodríguez-Vigil

Parece que hace unos meses pocos de nosotros sabíamos quién eras en realidad, Juan Falcón. Y escuchamos esa voz, ese imperativo en una obra, en una charla, en el negativo de una fotografía, que nos llamó, a todos, a buscarte. Cuando tu amiga Conchita Fernández nos enseñó una grabación tuya oímos una voz frágil, espontánea, casi infantil, que nos impresionó porque demostraba una ingenuidad y franqueza raras en un mundo como el actual, que vive de las apariencias, que simula ser lo que no es y se esconde detrás de imágenes de felicidad constante en las redes sociales.

Hacer presente el pasado puede resultar doloroso. Recordar los malos tiempos, los desencuentros, las enfermedades, las estrecheces de una vida errante que se mezcló con las contradicciones de una ciudad caótica, la rebeldía, el conflicto familiar, los desencuentros y las dificultades que significa vivir. Pero hacer presente el pasado también es una posibilidad de reescribirse, de reescribir y volver a contemplar lo que Juan Falcón fue, porque en el pasado no está lo malo o lo bueno, simplemente está la vida. Muchas personas intentan dejar testimonio de esa vida, y hay otras cuyo testimonio se guarda no sólo en sus propias vidas, sino en la vida de otros. Los y las artistas buscan sobrevivir a su mundo, trascenderlo. Sin quererlo o no, dejan testimonio de su realidad, la interna y la externa, de sus pasados dolorosos y de sus pasados brillantes, auténticos y fascinantes. Dan testimonio de sus propios antepasados y de lo que puede llegar a ser el siguiente paso de la historia.

Damos cuenta aquí de la obra de un artista que ilustra, con trazos, estilos y técnicas diversos, con maneras potentes y poco ortodoxas, la realidad de un Oviedo en transición hacia la modernidad, donde se narra la búsqueda y exploración de un mundo interno que pujaba por expresarse por donde fuera, a la hora que fuera, por el camino fuera, y donde las vanguardias históricas se reúnen en un jardín, en un búho, en un ángel o en un oso. Pero también se muestra en esta exposición una vida de vidas. Una vida que trascendió su vida, sí, a través de su obra, y lo hizo también en la vida de otros, de tantas otras personas a las que Juan Falcón conoció, miró, conversó y tocó profundamente. Su vida trasciende a través de la voz de otras personas que nos confiaron sus historias pasadas con Juan, sus momentos de incertidumbre, sus testimonios de generosidad, sus relatos discontinuos que se mezclan con los testimonios pictóricos.

Cuando aquel hombre gordo te contaba, Juan, cómo salir de la miseria, tú te lo imaginabas electrocutándose con una tostadora en la bañera de Concha Heres. Que venga a verte, si sigue vivo, que vea lo rico que eras, que sepa que la miseria está en el interior de cada uno. Que vea que tu vida era vitalidad, era generosidad, era viajar, dentro y fuera de esta vieja ciudad de Oviedo. Tu vida eran lugares, tiendas, bares, plazas, personas, animales, plantas, objetos, música, luz y color. Que vea que tu vida fue Arte. Que tu taller y tu museo fueron un prau y la calle. Que venga y vea el trastero que dejas para la eternidad, que vea que ya nunca estarás solo, que permanecerás en la memoria de esta ciudad, en la calle de La Lila y en todas las demás, que tu recuerdo será nuestro recuerdo para siempre. Tenías una forma de pintar rompedora: verte pintando asombraba a la gente porque se notaba que eras una persona preparada. Pintor fiel, cercano al cubismo analítico y al realismo mágico; pintor reflexivo con una fascinante capacidad de introspección, convirtiendo conceptos en formas bellas o sencillas líneas que siempre asombraron a conocidos y desconocidos. Tu alma mágica luchó hasta la extenuación contra tu alma racional.

Todo Oviedo tiene un pedacito de Falcón, un artista generoso y un pintor sincero, rasgos difíciles de encontrar hoy en día en un mundo del arte que es puro mercadeo. Esta exposición ha creado como homenaje un trastero, un refugio, un jardín interior que se te regala como un espacio privado que nunca tuviste, un lugar mágico que intenta acumular tu vida, uniendo diferentes elementos de tu obra y de tu personalidad. En este trastero pintas, esculpes, grabas, generas caos (porque también que hay que reconocer que eras bastante desastre), sobrevives, trabajas rápido, vas y vienes... pero siempre mostrando tu bondad y tu buen hacer. Porque en los desvanes rebuscamos y, en ocasiones, descubrimos pequeños o grandes tesoros.

En este trastero tuyo encontramos todas tus temáticas, nos movemos entre las muestras materiales de tu pasado; podemos ver todas las técnicas que manejabas y percibimos todos tus contrastes, observando tus procesos creativos de la calle e incluso encargos institucionales como la escultura para la Senda del Oso en Santo Adriano. Y es que los trasteros son espacios donde se guardan creaciones y vestigios de historias personales u objetos que están en proceso, además de piezas que se conservan como memoria de lo pretérito. En el trastero confluyen el

presente y el pasado en un diálogo constante. Son testimonio de la fugacidad, del momento, del regreso a lo ya visto y experimentado para retomarlo. De alguna manera el trastero también simboliza tu retorno a Oviedo después de las andanzas por otras geografías.

Este trastero que conforma la exposición es un lugar de encuentro, un paraíso en el que volver a reunirse con Juan Falcón. Es un compendio de más de treinta obras cedidas por diferentes coleccionistas, amigos y familiares. El discurso se completa con fotografías personales de varios momentos de su vida y postales de su singular periplo vital. Pero también es el lugar donde se desarrollarán diversas actividades que acercarán al público a las creaciones de su etapa más productiva, cuando el destino le proporcionó un estudio y unas condiciones de trabajo óptimas para su desarrollo creativo (desde finales de los ochenta hasta el año 2000). En este trastero hay hueco para todas las personas que quieran aproximarse al artista y al ser humano para conocerlo y entender sus registros artísticos. Por eso hay actividades de inclusión, visitas guiadas, pintura en la calle y actuaciones musicales. En este desván se encontrarán nuevos tesoros: reproducciones táctiles de algunas de las formas que imaginaste, tus plantillas y algunos negativos que quedaron en aquel cajón de Goyo Llamas sin revelar.

Los comisarios y comisarias de la muestra confiamos en que quienes se acerquen a esta exposición reconozcan los ecos de Juan, hagan presentes sus propios pasados con él, pintando sobre las aceras, siendo espontáneo, pintando por pintar. Y aquellos que no le conocieron, como nosotros, puedan distinguir en sus obras la potencia no sólo de una persona, sino de una cultura contenida en este compendio de vanguardias. En este trastero conviven la imaginería romántica, con maternidades, iconografías religiosas, fantasías, mitología, música o circo con una reinterpretación personal de los lenguajes de la vanguardia: el planteamiento cubista del retrato y de algunas composiciones, la voluntad primitivista de ciertas piezas, la deformación subjetiva del surrealismo, la asociación libre e ilógica de elementos de los escenarios de la estética derivada del dadá, la simplificación lineal del postcubismo y ciertas interferencias del realismo mágico. Con un estilo libre, rico en matices, en símbolos y colores, que guardan tanta relación con el binomio Oviedo-Juan Falcón del pasado, pero también con el presente, sus obras rezuman

espontaneidad, frescura y grandes dosis de irreverencia de quien buscaba, a través de la pintura y la escultura, asir al menos un pedazo de aquello que llamamos vida.

«Buscadme allí», nos pareció escuchar a Juan tantas veces mientras en grupo o en solitario revolvíamos fotos, negativos, pinturas, entrevistas, rostros de personas, textos, historia, caminos, lugares, coleccionistas, amigos y familiares, para crear esta exposición siguiendo ese imperativo, esa llamada de tu obra que fue tu vida, Juan. Hemos construido un trastero mágico donde todo el mundo cabe y donde los visitantes podrán acercarse a tu mundo personal, imaginativo, único y original. Sólo queda invitar al público a venir para rebuscar en este desván de Juan Falcón y hacer que el pasado continuo de esta ciudad y de este artista se vuelva presente.

Oviedo, Asturias.
2023

Improvisación musical, c. 1990
Óleo sobre lienzo
50 x 45 cm
Colección de la familia
Rodríguez-Vigil



*Reproducción a pequeña escala
del Oso de Santo Adriano de Tuñón, 1993*

Bronce

25 x 14 x 14 cm

Colección de la familia Rodríguez-Vigil



Búho, 1995

Yeso pintado

17 x 12 x 12 cm

Colección de G. Llamas



Forzudo verde, 2005
Barro cocido
40 x 20 x 30 cm
Colección de G. Llames

Maternidad, 1993
Bronce
27 x 6'5 x 6'7 cm
Colección de la familia
Rodríguez-Vigil



Las manos, c. 2005
Barro cocido
31 x 14 x 10 cm
Colección de G. Llamas



Letizia pasando por el aro, 2004. Óleo sobre lienzo
46 x 55'5 cm
Colección de la familia Rodríguez-Vigil



El baile, 1994
Serigrafía
Prueba de Artista
70 x 50 cm
Colección de G. Llamas



El baile, 1994

Serigrafía

Prueba de Artista

70 x 50 cm

Obra cedida por G. Llamas



El ángel, 1995
Óleo sobre tela
130 x 96 cm
Obra cedida por G. Llames



Personaje en el Fontán, 2004

Óleo sobre lienzo

92 x 73 cm

Colección de G. Llamas



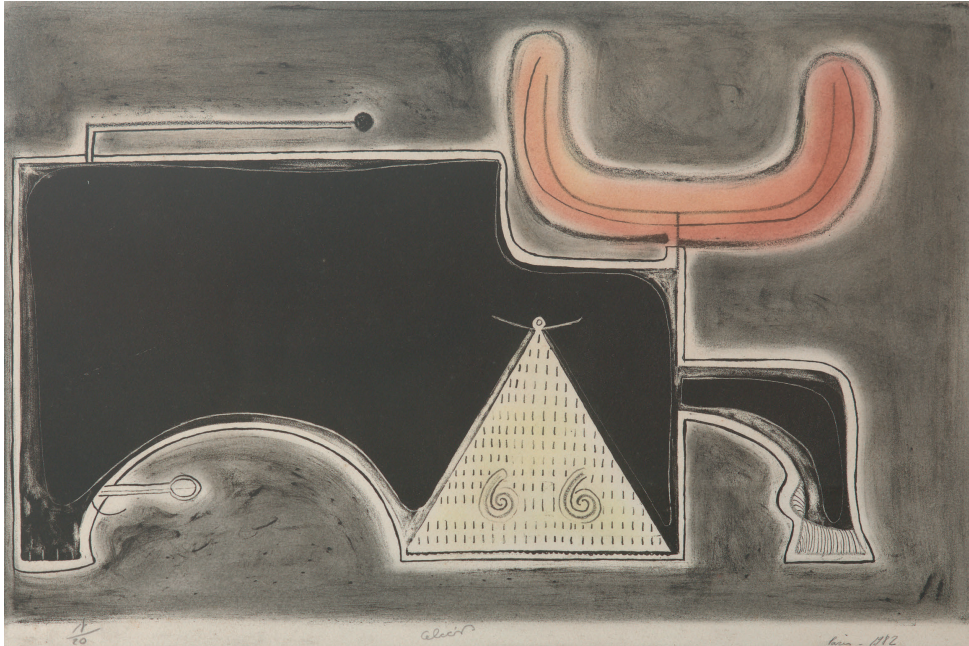
La pera, 2008
Técnica mixta sobre lienzo
55 x 46 cm
Colección de G. Llames



Cuatro figuras, 2010
Óleo sobre lienzo
60 x 60 cm
Colección de G. Llames



Búho, 2005
Óleo sobre lienzo
195 x 95 cm
Colección de G. Llames



Toro, 1982
Litografía
32 x 46 cm
Colección de la familia Falcón



Bodegón, 2006
Óleo y collage sobre tabla
35 x 120 cm
Colección de la familia Falcón



Arlequín, 2016
Óleo sobre lienzo
38 x 31'5 cm
Colección de la Galería Texu



Maternidad, 1985

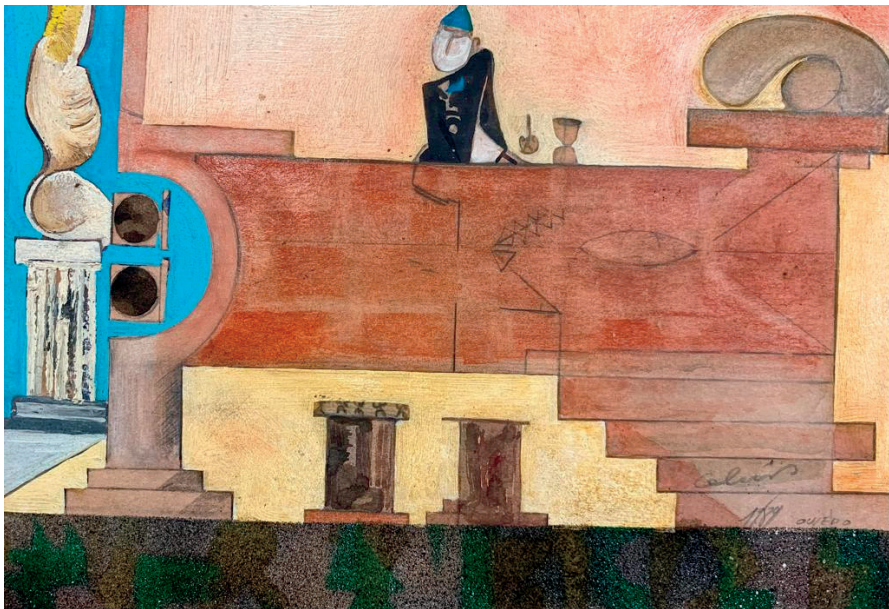
Serigrafía a cinco tintas

45 x 32 cm

Colección de la familia Falcón



Danza, 1994
Óleo sobre lienzo
80 x 150 cm
Colección de la familia Falcón



El teatro del arlequín, 1989
Óleo sobre tabla y tinta
19'5 x 28'5 cm
Colección de la familia Maroto Fernández



María Antonia, 1981
Tinta, gouache, pan de oro y cera
40 x 30 cm
Colección de la familia Falcón



Alegoría musical, 1999

Óleo sobre lienzo

92 x 59 cm

Colección de Javier González Tuñón



Crucifixión, 2006
Óleo sobre lienzo
80 x 65 cm
Colección de la familia Falcón



Catedral en rojo, 1995
Óleo sobre lienzo
63 x 46 cm
Colección de Javier González Tuñón



Urogallo, 2003
Óleo sobre lienzo
97'5 x 79 cm
Colección de la familia Falcón



Marina Musical, 1995
Óleo sobre lienzo y cera
99 x 72 cm
Colección de Javier González Tuñón



Vista de Oviedo, 1996 . Óleo sobre lienzo. 50 x 74'5 cm
Colección de la familia Rodríguez-Vigil



Algarabía festiva, 1991 . Óleo sobre lienzo. 51 x 61 cm
Colección de la familia Rodríguez-Vigil



Quijote con escudo y lanza, 1989
Carboncillo y pastel sobre papel
66 x 55 cm
Colección de la familia Rodríguez-Vigil

Juan Manuel Falcón Fernández nació el 26 de marzo de 1959 en Oviedo, la ciudad del eterno retorno, pasando sus primeros años en Bárzana de Quirós. Su infancia se vio truncada por el prematuro fallecimiento de su padre -José Falcón Fernández- en un accidente en la mina, lo que llevó a su madre -Severa Concepción Fernández Fernández- a enviarles tanto a él como a su hermano José Luis al Orfanato Minero de Oviedo donde pasó el resto de su infancia. En este centro pronto descubrieron sus capacidades artísticas, encaminándole hacia la Escuela de Artes y Oficios de Oviedo, donde se formó entre 1974 y 1977 en la especialización profesional de Decoración. Ya en esta primera etapa comenzó a vender directamente su obra a amigos y conocidos, algo absolutamente recurrente en su carrera, pues en pocas ocasiones estuvo interesado en depender de galeristas o intermediarios.

Destacó en las materias de modelado, elementos del dibujo e historia del arte, y profesores de la escuela y artistas reconocidos como Bernardo Sanjurjo o Fernando Alba mediaron para que un jovencísimo Falcón de diecisiete años prosiguiera sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de San Jorge, en Barcelona. De este momento son interesantes los trabajos en bocetos que más tarde ejecutaría en escultura, mostrando otra de sus características: la versatilidad. En 1977 ganó el Concurso de artes Plásticas Corberó y logró una beca que le permitió trasladarse un año después a París, donde podemos situar el comienzo de su trayectoria profesional. En esta ciudad, trabajó como asistente de los conocidos artistas Valerio Adami y Eduardo Arroyo -influencia clave en su devenir pictórico-, visitó museos y se impregnó de todas las corrientes que desde 1905 tuvieron como crisol la capital del Sena. En este sentido, a lo largo de su trayectoria Juan Falcón consiguió realizar una relectura de las tendencias artísticas de las primeras y segundas vanguardias, incluyéndolas en su propio universo personal. Así, los planos facetados y geometrizados en retratos como *María Antonia* (1981), la construcción del paisaje arquitectónico a base de geometrías o la incorporación de elementos pertenecientes a la realidad en la forma de *papiers collés*, como en *Bodegón* (2006), lo convierten en un gran deudor del cubismo en gran parte de su carrera artística. Igualmente se observan deudas mironianas, porque Falcón llegó a conocer personalmente a Joan Miró gracias a su amistad con su hija -Dolores Miró-, con la que había coincidido en París. En este sentido, algunas de sus siluetas parten de un surrealismo ingenuo que las sitúa en la frontera entre



entre la figuración y la abstracción. Pero también de él toma la idea de los pies grandes y sobredimensionados con respecto al cuerpo, porque ya Miró decía que la fuerza entraba por los pies. Estos guiños son observables en obras como *Improvisación musical* (ca. 1990), mientras que en otras piezas, como *Danza* (1994), ubica a sus personajes en espacios irreales, no ilusionistas ni referenciales a la naturaleza, un recurso de genealogía dispar que entronca con lo mironiano y con otros autores del surrealismo. De Alberto Sánchez toma la pulsión de un surrealismo mucho más orgánico, más plástico y terrenal, que mira hacia la biología del ser humano y al primitivismo proporcionado por la Escuela de Vallecas. La pieza que quizás revela esta influencia de manera más clara es la escultura *Maternidad* (1993). La figura femenina presenta formas sinuosas, microcefalia (quizás en homenaje a las figuras de Giorgio de Chirico), y un cuerpo rotundo, potenciando un aspecto serpenteante en la zona de la cintura y geométrico en los hombros y tronco, dándole mayor importancia al lugar donde la madre coge a su hijo. Otro aspecto significativo es el trabajo de los vacíos activos e incisiones que, al igual que Alberto Sánchez, remiten a las cicatrices y el sobreesfuerzo de la mujer en el parto y la crianza (Gómez Cedillo, 217, 1992). La variedad de registros estéticos aproxima a Falcón incluso a presupuestos del lejano simbolismo, con ese empleo de láminas doradas y plateadas que potencian el brillante colorido, como por ejemplo sucede en *Danza* (1994), un tema que entronca con la sombra alargada e influyente de Matisse.

De las segundas vanguardias deja constancia de su formación en la Nueva Figuración y el Pop Art con Eduardo Arroyo y Valerio Adami. En su obra *Cuatro figuras* (2010) aparece un personaje en la esquina inferior izquierda que parece imitar las extrañas figuras que se representan en las obras de Arroyo de manera reiterativa (así, encontramos un ejemplo en su obra *Toda la ciudad habla de ello*, 1984, Museo Bellas Artes de Asturias). Las referencias a personajes del momento con cierta carga irónica, además de a productos que nos acompañan cada día también están presentes en sus obras, a través de *Letizia pasando por el aro* (2004) y el *Bodegón* de 2006 mencionado anteriormente. Ambas piezas ejemplifican esa conexión con la realidad de los medios de comunicación y los objetos de consumo (el medio es el mensaje), algo que reivindicaron desde los sesenta los artistas vinculados al pop.

Retomando su biografía, entre 1977 y 1980 Juan Falcón repartió su tiempo

París y Oviedo. Gracias al músico Alain Planes se introdujo en el mundo cultural de la capital francesa y pudo conocer al escenógrafo rumano Ilie Valea, quien le propuso la realización del diseño de la escenografía y vestuario de *Il mondo de la luna*, de Monteverdi. También en esta época y gracias a Adami y Titina Maselli –otra de sus grandes amistades– consiguió publicar ilustraciones en revistas literarias como la alemana *Park zeitschrift* o la italiana *Alta Forte*. Finalmente, regresó a Asturias a partir de 1983, comenzando la década dorada de su producción, marcada en los inicios por su amistad con los escultores Carmen Castillo y Ernesto Knörr, periodo en el que su obra escultórica se vuelve más refinada además de ahondar en una voluntad primitivista e ingenua.

El Oviedo que encuentra Falcón en su regreso era muy distinto de la Vetusta tardofranquista que había dejado atrás unos años antes. La ciudad comenzaba a caminar hacia una revolución cultural, artística y social. En ese sentido, ¿pueden la represión, el costumbrismo y el inmovilismo crear un movimiento artístico? ¿O se trata sólo de un grito, una sacudida? Una sacudida de años, casi una década marcada por exploraciones, libertades, nuevas posibilidades y también la influencia de un modelo norteamericano pop que empujaba. No obstante, la tradición y el fuerte arraigo de la zona asturiana a sus costumbres, a su forma «dura» de vida, «recia», ofreció un contraste y un contrapeso que sostuvo en el límite, por un lado, a los jóvenes y a los movimientos que se expresan, y por otro, a un grupo social burgués acomodado de la sociedad ovetense que también sufría del desencanto de la pérdida del paraíso paternalista del régimen. Ambos sectores estaban intentando acostumbrarse a las nuevas formas de organización y convivencia sociales.

Después de la eclosión europea de los movimientos estudiantiles callejeros a finales de los sesenta y parte de los setenta, la continuidad de la efervescencia social de los jóvenes se producía en los espacios de convivencia juveniles por excelencia, los bares y las calles. Si se afirma que España llegó deprisa es porque tanto el franquismo como las ideas utópicas antifranquistas (Fouce, 2002) habían consumido la mayor parte de la idiosincrasia española, tanto en las grandes capitales como en ciudades más modestas como Oviedo. La opresión y la supuesta liberación radical y la apertura a un mundo nuevo se encontró, a la muerte del dictador, con el movimiento regional impulsado por la proximidad del espacio económico europeo, y con su hermano mayor, el

protoneoliberalismo impulsado por Norteamérica y el Reino Unido. Y estos movimientos, fundamentalmente de espíritu económico, demandaban sus propias reglas, sus propias necesidades y exigencias a las naciones que parecían haberse ya quitado el desencanto de la postguerra y los agitados años sesenta. España llegaba con prisa, pero con intenciones de subirse a esta vorágine occidental. Había despertado del mal sueño -de la pesadilla- apresuradamente. La transición debió de ser un golpe duro de realidad para ambas partes: para quienes se vieron beneficiados por el régimen y para quienes anhelaban una nueva realidad, porque todo inevitablemente estaba llamado a cambiar.

Podríamos pensar, entonces, que este desencanto, como poco, paralizaría a las juventudes, a la sociedad en general. Pero la libertad estaba allí, al alcance la mano, y el movimiento del continente empujaba con ímpetu, permeó a esas generaciones que no sufrieron las peores atrocidades del régimen y que tampoco vieron consagradas las ideas de liberación radical y reforma prometidas por muchos antifranquistas: se gestó y consolidó el movimiento cultural español «La Movida». De esta manera, «la Movida habría sido la metadona que habría permitido combatir el “mono” nacido en la Transición, es decir, el desencanto ante el vacío que dejó la pérdida de la cultura de resistencia antifranquista y la constatación de que la democracia no colmaría las expectativas proyectadas para ella durante años» (Algaba, 2019, 322). Este movimiento no habría sido posible sin una base cultural previa mezcla de cosmopolitismo e información entonces casi desconocidos. Había un reto social que los artistas y jóvenes reflejaron con desparpajo, espontaneidad y libertad que hacía tiempo no se veían. El caso asturiano no sólo cogió también este impulso, sino que lo consolidó profundamente en la vida de la capital.

«La vida nocturna, la fiesta, la música y el arte eran los protagonistas de la capital asturiana. Con un cambio social y vital notorio emergieron artistas que poco a poco irían destacando y formando una trayectoria que pasarían a la historia del arte asturiano entre los cuales se encontraba Juan Falcón influenciado por el ajetreo de una ciudad que estaba viva y no dormía, una ciudad que inspira a los artistas a crear y donde se estaba dando algo similar a la Movida Madrileña.» (Fernández, 2022, 8)



Algunos autores discuten todavía si "La Movida" fue impulsada por el mismo gobierno democrático para permitir la expresión de nuevas libertades en España, aunque otros defienden que se trata de una postura apolítica frente al desencanto. Del modo que haya sido, estas condiciones en los años 80 situaron a Oviedo, Asturias, a España en general, en la vorágine que a la postre se convertiría en el acceso al modelo neoliberal de los 90, el cual ofreció nuevas posibilidades económicas y culturales a una sociedad que «tuvo» que despertar rápido y deprisa, ponerse las zapatillas para correr y no perder el impulso del mundo al que quiere pertenecer.

Dentro de esa vorágine, Falcón encontró su espacio y comenzó a despegar su arte. Así, tras su primera exposición individual en París en 1985, realizaría diversas muestras entre las que destaca *Coupe - Tête* (1988) en la Sala Borrón de Oviedo o las celebradas en el hotel Clarín (1989-1990), gracias a la amistad con su dueño, Ovidio Moro. Sobre todo, expuso escultura, pues en los ochenta hay una preponderancia de ésta sobre la pintura, con nombres tan importantes y cercanos a él como Carmen Castillo, Manuel Legazpi, Carlos Sierra o María Jesús Rodríguez, entre otros. En este momento conoció a Santiago Gargallo, alumno por aquel entonces de Biología en la Universidad de Oviedo, con el que viviría durante algún tiempo en la calle María Andallón de Oviedo, realizando unas pinturas murales en el sótano de la casa. No fue ésta la única vez que Juan realizó este tipo de intervenciones, pues también decoró la vivienda de la familia Romero en Salcedo, Quirós.

En los noventa se producen cambios de calado en su vida -también en su arte-, preponderando a partir de este momento su producción pictórica sobre la escultórica. Por un lado, comienzan sus estancias periódicas en Granada y El Ejido, gracias a que Gargallo le había presentado al arquitecto Escobar para quien realizará múltiples intervenciones, como por ejemplo la decoración de la cafetería de un hotel en algún lugar de la costa que se desconoce, además de exponer en 1990 en la galería almeriense Laguda. Además, entre 1990 y 1993, colaboró con varias iniciativas del Gobierno del Principado de Asturias -gracias a la confianza que Juan Luis Rodríguez-Vigil depositó en su talento- a través de las Consejerías de Sanidad y Cultura. Se le encargaron importantes trabajos de escultura, cartelería y pintura, para las campañas contra la drogadicción (1990) y el tabaco (1990), el fomento del uso de la píldora

anticonceptiva (1991) o el oso del área de descanso de Santo Adriano de Tuñón (1992), cuya reproducción llegó a ser regalo institucional del gobierno autonómico.

Igualmente, entre 1994-1997 se vinculó a la galería Marta Llames, lo que le permitió tener por primera vez en su carrera un punto estable de trabajo y venta de su obra. Pero también de muestra, pues en 1994 se inauguró la exhibición *Dos miradas*, junto la pintora Carmen Muñiz, exponiendo tanto obra gráfica como pictórica, y otras dos individuales entre ese año y 1995. Gracias a estas exposiciones, Falcón conoce a Conchita Fernández, quien había adquirido poco antes la vivienda en la que había realizado las pinturas murales y estaba interesada desde entonces en su obra, convirtiéndose en una de sus principales coleccionistas y amigas. Tras el cierre de la galería de los hermanos Llames, en 1998 volvería a exponer en la sala de Josefina Cimentada. Con el cambio de siglo, Falcón llegó a tener, por un tiempo, un espacio fijo de trabajo, esta vez en un piso cercano a la estación de autobuses de Oviedo (2004). La obra se vendía gracias a Conchita Fernández. Su última exposición fue en la sala de exposiciones de Unicaja, en 2002, que resumía su actividad durante los años noventa en Almería.

En cuanto a su obra escultórica, su trabajo se ciñe al uso del barro, aunque posteriormente muchas de sus obras fueran fundidas a bronce bajo petición de algunos compradores. El barro es un material muy moldeable que permite realizar varios acabados, algunos con superficies lisas y otros, como es en el caso de la escultura del *Oso* (1993), superficies rugosas que deja ver la textura arenosa del material.

Por último, una parte importante de su producción responde a la adaptación a los materiales, algo que siempre estuvo presente en él desde el inicio de su carrera, pero más habitual cuando necesitó economizar recursos para su propia supervivencia. Con soportes y pigmentos sencillos como el papel, plantillas de cartulina y pintura en aerosol o aerógrafo realizaba dibujos que podía vender al momento por las calles y bares de Oviedo (Falcón García, 2004, 44). Las formas salidas de estas plantillas destacaban sobre los fondos, esta vez, sin la presencia del contorno característico de sus pinturas al óleo. De igual manera, consigue unos dibujos precisos y expresivos donde puede jugar con diferentes aerosoles consiguiendo una degradación y proporcionado a unas figuras planas

cierta tridimensionalidad. Son unas piezas sencillas que realizaba rápido sobre estas plantillas y que luego podía volver a emplearlas para ulteriores dibujos.

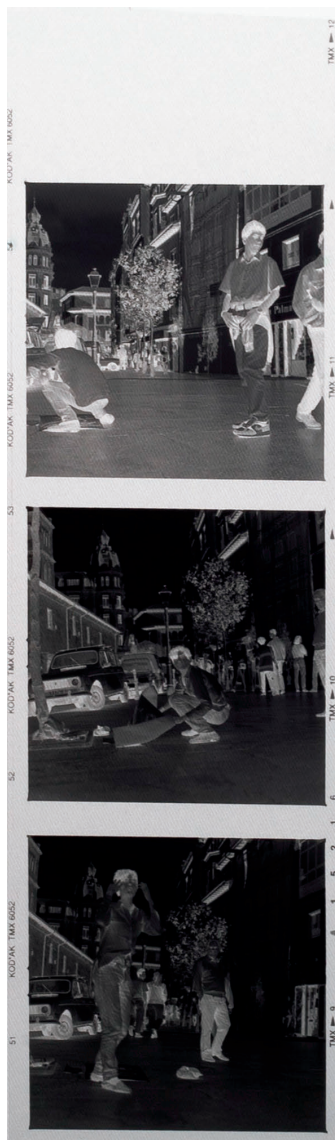
Otra parte relevante de su producción son los *ephemera*, que se caracterizan por ser las piezas más delicadas para su conservación. Se trata de una serie de dibujos que realizaba sobre cualquier soporte en papel, como documentación oficial, cartas, postales o servilletas de los bares. De nuevo, aquí deja constancia no sólo de su rápida ejecución sino también de la gran capacidad de adaptarse a cualquier medio, consiguiendo unos dibujos originales y poco convencionales.

El afán experimentador de este asturiano universal en todos los ámbitos de las artes plásticas y el diseño, así como su capacidad para combinar materiales y técnicas en una misma obra, se ponen de manifiesto en un amplio abanico temático, desde sus tiernas maternidades hasta sus personalísimas vistas de Oviedo, pasando por sus retratos, escenas musicales y circenses, evocaciones religiosas, obras de fauna y fantasía, bodegones. Arlequines, danzantes, bailarines, ejecutores de bulerías e improvisadores musicales irrumpen en franca algarabía en el trastero en que se ha convertido esta exposición monográfica, junto a los *Búhos* (ca. 1995; 2005), *Osos* (1993), *Toros* (1982) y *Urogallos* (2003, 2015). Todos ellos conviven con un *Cristo crucificado* (2006), un *Forzudo verde* (ca. 2005) y un *Ángel trompetero* (ca. 1995). El bullicio externo se contrapone al silencio recogido; la vida -ya real, ya fantástica o mixta- a la muerte, y lo ampuloso a lo humilde (*Bodegón*, 2006; *Pera*, 2008). Oviedo y su *Catedral en rojo* (1995), sus plazas del Fontán y del Paraguas, su Ayuntamiento, sus reconocibles monumentos o sus casucas humildes son visiones de la ciudad del eterno retorno, paisajes urbanos habitados por seres humanos y personajes de difícil clasificación (*Personaje en el Fontán*, 2004).

Juan Falcón fue, en definitiva, un creador multifacético, para quien ningún campo del quehacer creativo resultó ajeno. El conjunto de su obra, conformada por singulares producciones en las más variadas disciplinas artísticas, nos permite hablar de un universo preñado de citas, pero siempre personal, en el que lo universal, lo histórico -esto es, lo que no deja de pasar; lo pasado, vivo y activo, en lo presente- se encuentra en constante actualización. De ese universo y ese proceso creativo pretende dar cuenta

UNA RESURRECCIÓN, NINGUNA MUERTE

esta muestra. Gracias, Juan, por aportarnos tanto como profesionales de la Historia del Arte como personas.



Negativos de G. Llames

BIBLIOGRAFÍA

FALCÓN GARCÍA, Lucía. Obra pictórica y escultórica del artista Juan Falcón. Universidad de Oviedo. 2007

GÓMEZ CEDILLO, Adolfo. La escultura de Alberto Sánchez. Universidad Autónoma de Madrid. 1992

Catálogo de Juan Falcón. Óleos y escultura. Almería. 2002





Universidad de
Oviedo